
RAPIDA OJEADA SOBRE LA HISTORIA DE FRANCIA

EN EL CURSO DEL SIGLO XIII.

SEÑORITA DIRECTORA:

SEÑORES:

Así como el sol al aparecer sobre el horizonte disipa las densas tinieblas de la noche, así la historia, al mostrarnos los hechos y los acontecimientos notables, disipa las sombras de la ignorancia en que sumergidos nos hallamos respecto de las vicisitudes de la gran familia humana.

Por eso su estudio es muy antiguo; los pueblos que vivieron en tiempos remotísimos conservaron la memoria de los acontecimientos por la tradición oral que unas á otras se transmitían las generaciones, y luego por medio del maravilloso invento de la escritura que permitió consignar los más culminantes acontecimientos, grabando su relación en la piedra y en el bronce. Los griegos cantaron las proezas de sus héroes, y Homero nos transmitió la hermosa historia de la guerra de Troya y los trabajos del prudente Ulises; los romanos, herederos de aquellos, nos dejaron sobre el pergamino valiosísimas obras históricas; y la Edad Media, con la doble invención del papel y de la imprenta, salvó para siempre del olvido, no sólo la historia, sino también todas las producciones de la humana inteligencia.

Merced á ese admirable invento podemos hoy investigar con fruto los sucesos pasados. Séame permitido exponer an-

te vuestra benévola é ilustrada atención, el humilde trabajo que se ha encomendado á mis débiles fuerzas.

En el siglo XIII, época en que el feudalismo estaba desarrollado en Italia, Alemania, y con particularidad en Francia, gobernaba en este país la dinastía de los Capetos cuyos primeros monarcas se encontraron sin ninguna fuerza en frente de los feudales, pues la autoridad del monarca, lo mismo que la obediencia directa, se reducía solamente al ducado de Francia con Paris por capital, y el resto de la nación estaba dividido en los ducados de Borgoña, Normandía, Flandes, Vermandois y Troyes, el cual fué después condado de Champaña.

No obstante la poca autoridad del rey, éste era respetado y considerado por los magnates, pues á causa de estar unido por la iglesia gozaba de algunos privilegios.

El que deseinvanaba la espada contra el rey era excomulgado por la Iglesia y se le relevaba del juramento de fidelidad.

Con el gran apoyo de la iglesia, la monarquía francesa conservó cierta superioridad sobre el feudalismo, pues al rey se le consideraba como el guardador supremo de las leyes y era el presidente del tribunal ante el cual se resolvían las disensiones que se suscitaban entre los feudales.

Los obispos franceses no podían extenderse más allá de lo que les pertenecía, y rara vez podían reunir el poder condal, y cuando esto sucedía eran considerados como príncipes terrenales. El rey y el señor feudal, podían disponer de las vacantes de los obispados que se encontraban en sus respectivos territorios. La Iglesia, que necesitaba de los reyes de Francia, les concedió estos privilegios que ésta misma calificaba de incompatibles con el honor.

En Francia, cuando estaba vacante algún obispado, se pedía permiso al rey para hacer la elección. El nuevamente electo, después de ser consagrado, se presentaba en la corte para rendir homenaje al rey y recibir las temporalidades. Si

la vacante era de alguna provincia, el señor feudal era el que tenía que ver con esto.

Hasta aquí no se ha hecho más que dar una ligera idea de la situación de Francia en el siglo XIII, y el tema de mi estudio comprenderá brevemente los reinados sucesivos de Felipe II *Augusto*, Luis VIII el *León*, Luis IX el *Santo* y Felipe III el *Atrevido*, con el cual terminaré mi discurso.

Al principio del reinado de Felipe II *Augusto*, Francia se encontraba en una lucha terrible contra Inglaterra, lucha que había de prolongarse por muchísimos años.

La causa de esta lucha era el ducado de Normandía, cuyos soberanos siempre habían sido temibles vasallos del rey de Francia, y se hicieron más formidables cuando Guillermo el *Conquistador* atravesó el canal de la Mancha y conquistó en Hansting (1066) la corona de Inglaterra, lo cual hizo que esos duques se ensoberbeciesen más y más y se resistieran á cumplir los deberes con el monarca francés, que en su calidad de feudatarios les correspondía.

El peligro aumentó á principios del siglo XII, época en que gobernaba Luis VI, que había casado á su hijo con Leonor de Aquitania, creyendo que así podría entrar en posesión de la Guiena, la Gascuña y el Poitou; pero por los grandes escándalos que dió esta princesa, produjeron la disolución del matrimonio. Entonces Leonor de Aquitania, se casó con Enrique de Anjou, heredero de la corona de Inglaterra, á quien llevó en dote sus vastas posesiones.

Subió al trono de Inglaterra Enrique, y entonces sus dominios se encontraron más vastos que los del monarca francés y la situación fué más crítica.

Los reinados de Enrique II de Inglaterra (1154-1189) y de Luis VII de Francia (1137-1180) se desarrollan en medio de las continuas luchas de estos dos pueblos, pues el monarca inglés estaba bastante lejos para poder prestar auxilio á su pueblo; y el monarca francés, por el contrario, estaba atento á recobrar los vastos estados que habían pasado al dominio de los ingleses.

Así es que las condiciones más favorables eran para Francia, cuando entró á regirla Felipe II *Augusto*.

Quitó los territorios de Vermandois, Valois y Amiens al conde de Flandes, se apoderó de las provincias de Anjou é hizo efectivo su poder sobre la Normandía, pues la Inglaterra no estaba capaz de hacer frente á las armas del valiente Felipe. Francia llegó á la categoría de potencia dominante y el valor militar francés alcanzó gran renombre en la batalla de Bouvines.

En el reinado de Felipe II la clase baja ya no estaba tan sujeta al yugo de los señores feudales, pues podía acusarlos ante los funcionarios reales ó bailíos, ó en caso necesario ante el mismo rey cuando atacaban sus derechos.

El parlamento empezó á figurar con cierto brillo en esta época y tuvo su origen en un consejo que formaron los reyes merovingios y que servía para el despacho de los negocios públicos. Después una parte de ese consejo conoció de la apelación de las sentencias señoriales, y desde entonces tomó el nombre de *parlamento*.

Felipe Augusto estableció los prebostes y los bailíos y como desde entonces se cultivó más el estudio de la jurisprudencia, se presentaron los legistas á ocupar los lugares que hasta entonces habían desempeñado los ignorantes nobles. El primer parlamento que se formó fué el de Paris, y después el de Tolosa.

La corte de los pares, llamada así porque cuando se consagró Luis VII el *Joven*, asistieron doce grandes, indicando así la igualdad de sus derechos, luego fué un alto tribunal que juzgaba á los feudales.

Felipe II viéndose tan poderoso, no consideró necesario hacer coronar mientras él vivía al heredero del trono; y solamente después de haber subido á él fué ungido y coronado Luis VIII.

En tiempo de este monarca se extendió el dominio de la corona real por el Sur hasta el Garona y el Languedoc, que

hacía diez años estaba en una lucha sangrienta porque no quería sujetarse á la ortodoxia eclesiástica. Los albigenses y los valdenses, llamados los primeros así de la diócesis de Albí y los segundos porque eran discípulos de Pedro Valdo, se acogieron á Raimundo VI, conde de Tolosa, el cual les dió su protección. El Papa Inocencio III les mandó predicadores para convertirlos, y uno de sus legados, Pedro de Castelnau, fué asesinado por un caballero de la corte de Raimundo.

Entonces el Papa excomulgó á Raimundo y predicó una cruzada contra los herejes, concediendo los Estados al primero que los ocupara.

La ciudad de Béziers defendida por un sobrino del conde de Tolosa, cayó en poder de los cruzados y 30,000 personas perecieron en el fuego ó bajo el filo de la espada, y cuéntase que cuando los cruzados preguntaban á sus jefes cómo harían para conocer á los católicos, contestaron los caudillos: "matad á todos, que Dios sabrá distinguir á los suyos y los salvará de las llamas del infierno....."

El jefe principal de esta expedición fué Simón de Monfort que se apoderó de los dominios del Conde de Tolosa, al cual le había costado cara la protección que dispensó á los albigenses. Poco tiempo después hubo un levantamiento y Amalrico, hijo de Simón, no pudo resistir á sus enemigos, y entonces el Papa hizo que Luis VIII le ayudara para aniquilar á los herejes.

Amalrico de Monfort cedió á Luis todos sus derechos sobre las opulentas y fértiles tierras del conde de Tolosa, y éste se vió definitivamente despojado de ellas. A la hija de Raimundo le había quedado solamente la tercera parte de sus dominios, y por su casamiento con Alfonso, hermano de Luis, pasaron á la corona de Francia.

La muerte de Luis VIII, acaecida en 1226, detuvo por algún tiempo el robustecimiento de la monarquía.

Francia quedó entonces regida por una mujer, Blanca de Castilla, pues la muerte había arrebatado á su esposo cuan-

do su hijo apenas tenía diez años. Blanca se vió apoyada por la Iglesia y por el conde de Champaña al cual compró las ciudades de Chârtres, Blois, Sancerre y Châteaudun.

Luis IX el *Santo* fué educado con una religiosa severidad por su madre y por fray Pacífico, el amigo de San Francisco. Todas las mañanas le decía Blanca al joven rey: "Hijo mío, "te amo con extremo, y sin embargo quisiera verte muerto "antes que manchado con pecado mortal." A los 19 años se casó con Margarita de Provenza, á la cual veía previo permiso de su madre.

Luis IX era delicado de salud, de un exterior modesto, y tenía un carácter muy afable y franco, lo cual hacía creer que no podía dominar una sociedad semi-bárbara. Se acostaba en un lecho de tablas y en la noche se levantaba á orar; oía misa todas las mañanas y los sermones cuando los negocios se lo permitían; leía la Biblia y luego se las explicaba á sus cortesanos; se confesaba una vez á la semana, y cuando alguno osaba reconvenirle diciéndole que desperdiciaba el tiempo, le decía: "Es seguro que no me reprenderíais si lo perdiese jugando á los dados." Se abstenía de comer los manjares que más le agradaban y se hacía disciplinar con cadenillas de hierro que llevaba en una bolsa y que regalaba á sus hijos ó á sus amigos.

Compró á los venecianos la lanza, la esponja y la corona de espinas que según se le afirmó habían figurado en la pasión de Jesucristo, y salió á recibir esas reliquias á una distancia de cinco leguas, descalzo y con la ropa desceñida.

Luis IX hablaba á todos de *vos*; le gustaba la conversación alegre pero no la mentira, ni la música, ni el canto, y castigaba á los blasfemos mandándoles horadar los labios.

Este soberano durante una enfermedad que padeció, hizo voto de tomar la cruz y mandó predicar la guerra contra los infieles. Cuando todo estuvo preparado se embarcó en Aguas Muertas con un respetable ejército (1248) y se dirigió á Egipto donde se apoderó de Damietta; pero mientras que en Fran-

cia se celebraba con grandes fiestas el feliz comienzo de la expedición, se supo repentinamente que los Ayubitas habían desbaratado al ejército del rey en Mansurah, y que éste y los que habían sobrevivido á la derrota estaban prisioneros. Causó esta noticia una gran consternación y se suspendieron todas las fiestas.

Luis IX recobró su libertad mediante la devolución de Damietta, y cuando regresó á su reino trajo el gran tesoro de la experiencia, pues durante su cautiverio había visto nuevas costumbres y meditado los consejos del infortunio, lo cual le serviría para procurar el bien de su pueblo.

Fué Luis IX un gran hombre de Estado, pues consiguió reunir en comunión sólida, los países que la monarquía había conquistado.

Prohibió á los bailíos admitir regalos y hacerlos á los individuos del Consejo del rey, contraer deudas ó relaciones de parentesco en la jurisdicción que presidían, obligándoles á permanecer ahí cuarenta días después de exonerados para responder á las quejas que se suscitasen contra ellos.

Luis acostumbraba ir al bosque de Vincennes después de oír misa, donde apoyado en una encina y rodeado de toda la corte, oía á los que iban á pedirle justicia. Y dice Joinville: "Los que no eran sus vasallos le amaban tanto á causa del gran trabajo que tomaba para ponerlos de acuerdo, que acudían ante él á exponer sus desavenencias."

En sus *Establecimientos*, colección de principios de derecho, tuvieron los franceses un Código que era al mismo tiempo la expresión de su unidad nacional. Abolió el *juicio de Dios* y en su lugar introdujo el juicio contradictorio. Luis empezó por prohibir el desafío judicial, notificando al querellante que podría emplear todas las pruebas que estaban en uso ante los tribunales legos; y al adversario que podría desmentir á los testigos pero no desafiarlos. Aceptadas las precedentes condiciones se seguía el proceso hasta el punto en que antes era intimada la batalla; entonces se introducían los testigos, y así

de este modo se sustituyó la jurisdicción real á la fuerza individual, y los jueces decidieron las cuestiones que anteriormente zanjaba la espada, es decir, la ley del más fuerte.

Este rey que había ido dos veces como cruzado á lejanas tierras, defendió con gran energía contra la iglesia el derecho del Estado y la autoridad de su corona. Y así vióse que el devoto Luis IX ponía, por medio de una sabia legislación, el derecho autónomo del Estado á cubierto de los ataques de la Iglesia.

Luis IX sentó las bases de una iglesia nacional que sin salir de la obediencia y dogmas del catolicismo, no dependería incondicionalmente del Papa.

Poseía conocimientos nada comunes acerca del movimiento intelectual de su época; protegió las ciencias y las artes, y todavía hoy es objeto de admiración la Santa Capilla, única en su clase, construída en la isla del Sena, llamada la Cité.

Este rey bondadoso, pero enérgico, piadoso á la par que hombre de Estado, compasivo á la vez que valiente guerrero, pensador al mismo tiempo que hombre de acción, fué, pues, la personificación de todas las virtudes y de todos los impulsos capaces de desenvolvimiento que entonces existían en el pueblo francés.

Luis IX sucumbió el día 25 de Agosto de 1270 víctima de una peste asoladora que se desató en Túnez en su celo por convertir al cristianismo al Emir de aquel mortífero país, cuando emprendió la segunda cruzada contra los musulmanes.

Felipe III el *Atrevido*, que había acompañado á su padre en su expedición á Túnez, volvió á Francia con su cadáver; este monarca aunque tuvo la piedad de su ilustre antecesor, careció de su habilidad y de su previsión política.

Por la muerte de Alfonso, esposo de la hija de Raimundo de Tolosa, pasó á poder de la corona el resto del Sur de Francia, y como el ambicioso Carlos de Anjou hubiese pretendido parte de esta herencia, el Parlamento sentó el prin-

cipio de que cuando se extinguiera una línea joven de la familia real, su patrimonio en vez de ser distribuído entre las demás líneas, fuese á poder de la corona. Gracias á esto Francia ya no estuvo expuesta al fraccionamiento territorial.

Felipe III fué el primero que concedió la primera carta (título) á un plebeyo, á su tesorero Raul de Crécy, humillando así á la orgullosa aristocracia feudal.

Este monarca no fué muy feliz en su política exterior y falleció en Perpignan (1285) después de una campaña desgraciada contra D. Pedro III de Aragón.

He delineado rápida é imperfectamente ante vosotros, lo más notable que nos ofrece el estudio de la historia de Francia en la mayor parte del siglo XIII; y si mi trabajo es deficiente por breve y por escaso de interés y de doctrina, válgame ante el ilustrado auditorio que me honra, la fundada disculpa de mi escaso valer y el temor de fatigar su paciente atención.

Y vosotras, compañeras mías, que juntas conmigo habéis bebido en este plantel en la fuente pura y límpida del saber humano, recibid mi adiós cariñosísimo; próxima á sonar la hora de la separación, nos apartaremos por distintos rumbos, pero en cada uno de nuestros corazones arderá indeficiente, como en los altares de la pagana Vesta, la llama vivificadora de la más tierna amistad, alimentada por el recuerdo dulcísimo de nuestras horas de estudio, y ardera también en nuestro pecho, el noble, el fecundo, el inextinguible culto de la patria.

México, 25 de Julio de 1896.

ISABEL BROS.